

ENTREVISTA A IGNACIO CALDERÓN

“La escuela constituye una de las instituciones más nobles de la sociedad y necesita cuestionar algunas de las lógicas y prácticas que alberga para estar a la altura de lo que representa”.



Ignacio Calderón es Doctor en Pedagogía, profesor del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Málaga y miembro del Grupo de Investigación Teoría de la Educación y Educación Social de la UMA.

Investigador sobre la exclusión e inclusión educativa, la discapacidad y la desventaja sociocultural, todo ello a través del estudio de la experiencia escolar. Recibió en 2014 el Premio Discapacidad y Derechos Humanos (concedido por el Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad, CERMI) y en 2016 la Mención Honorífica en los Awards for Qualitative Book in Spanish or Portuguese (otorgado por la International Association of Qualitative Inquiry, University of Illinois).

ESTAR JUNTOS EN LA EDUCACIÓN, ESTAR JUNTOS EN LA VIDA

«Todos los niños de ambos sexos tienen un derecho fundamental a la educación y debe dárseles la oportunidad de alcanzar y mantener un nivel aceptable de conocimientos, cada niño tiene características, intereses, capacidades y necesidades de aprendizaje que le son propios, los sistemas educativos deben ser diseñados y los programas aplicados de modo que tengan en cuenta toda la gama de esas diferentes características y necesidades, las personas con necesidades educativas especiales deben tener acceso a las escuelas ordinarias, que deberán integrarlos en una pedagogía centrada en el niño, capaz de satisfacer esas necesidades»

25 años después de la declaración de Salamanca, parece que nada ha cambiado. La escuela continúa siendo un lugar de exclusión, el entorno social, sigue excluyendo y casi todos continuamos mirando hacia otro lado.

Hace falta un cambio radical de las actuales políticas educativas y sociales, de la cultura de los centros y del aula. Hace falta para pasar del modelo actual anclado en metodologías didácticas del siglo XX, al de una escuela abierta a la diversidad, a un modelo de aprendizaje cooperativo y solidario, basado en la participación activa de padres, alumnos, maestros, profesores, entornos e instituciones, en el proceso educativo de escolarización y socialización de todos los alumnos.

Estar hoy en educación y en la escuela debería requerir un doble movimiento: sostener con firmeza principios que garanticen la educación como derecho para todos; abrir, cuestionar, habilitar y re configurar las maneras de mirar; y ofrecer espacios de encuentro entre quienes enseñan y quienes aprenden, entre quienes dirigen las escuelas y quienes llegan a ellas para ser educados.

También requiere de una profundización y lectura histórico-crítica de la actualidad y sus condiciones. Que por supuesto, nos incluya a nosotros mismos como sujetos y profesionales, en la que logremos reconocer la dimensión política de nuestro actual modo de convivir, en la familia, en la escuela, en la calle, en todo espacio del “vivir-juntos”.

Deberíamos profundizar al mismo tiempo sobre un modelo de sociedad que crea formas diversas de la desigualdad, que fragmenta espacios, que segmenta la educación por sectores sociales, género, capacidades intelectuales, etc.

Un modelo que denosta las diferentes formas de organizaciones familiares y/o desacredita la diversidad de maneras de aprender de los niños, niñas, jóvenes y adultos.

Así, proponemos que los interrogantes que las condiciones de época generan no permanezcan como datos de una fatalidad que nos deja mudos, sino que operen como potenciadores y posibilitadores de nuevos pensamientos, posicionamientos y prácticas profesionales en el ámbito de la orientación y de la educación.

El discurso crítico del Dr. Ignacio Calderón ante la realidad educativa y social, ante los procesos de construcción de la escuela inclusiva, ante la actuación de los profesionales, orientadores y equipos y ante la persistencia de la mirada clínica a pesar del paso de los años, en la escuela; representa una novedad muy interesante en el panorama estatal e internacional de la inclusión.

Calderón está en la línea de las propuestas de autores como Carlos Skliar (Flacso), Tony Booth (Universidad de Cambridge), Gerardo Echeita (UAM) y especialmente Roger Slee de la (Universidad de Londres).

Calderón recoge algunas novedades muy significativas, fruto no únicamente de su línea de investigación, sino de sus emociones y experiencias vitales. No es solamente un estudioso, es un activista de la inclusión y de la democracia participativa.

Parece que todo el mundo sabe que es la exclusión, ejemplos continuados aparecen tanto en los medios como en la nuestra realidad diaria. Hasta tal punto llega el conocimiento de la exclusión, que nuestra mirada, nuestros sentidos se inhiben de la realidad para no hacérsela consciente.

La muerte en el Mediterráneo de miles de personas, los muertos de la frontera norte de México con Estados Unidos o la masacre de los rohingyas en Birmania, la endémica exclusión de los ciudadanos palestinos de Palestina, son cuatro de los centenares de imágenes de una misma situación, que podríamos exponer. Se trata de la expulsión de la vida junto al otro, la peor de las exclusiones, que no queremos ver.

En nuestras escuelas y espacios educativos podemos visor otras exclusiones, las que se derivan de las diferencias socio/económicas, culturales, religiosas... y como no, del tipo de inteligencia.

Todo lo que no sean aprendizajes instrumentales está desconsiderado, parece que solo existe un tipo de inteligencia a considerar, cuando en la actualidad se perciben 12.

La diversidad de ritmos y modos de aprender. La interpretación errónea de la teoría del éxito, los diferentes procesos, la de-construcción del vínculo, la inexistencia del derecho a la participación y la decisión; son elementos decisorios de los procesos de exclusión interna.

En este contexto preguntar a Ignacio Calderón no es fácil, pero intentaremos hacerlo.

¿Estamos construyendo un mundo en el que podamos racionalizar cómodamente la exclusión y la segregación de diferentes grupos de personas?

Los seres humanos tenemos la necesidad de encontrar sentido a nuestra realidad. Una de las formas de encontrar sentido es justificando lo que pasa, aunque sepamos que lo que pasa no es lo que debería pasar. Porque sabemos que cuestionar una realidad indecente significa poner en tela de juicio nuestra propia forma de vida, que la sustenta. Por eso vivimos cómodamente a pesar, por ejemplo, de que en nuestras costas mueren personas a diario. Solo tenemos que cambiar de canal de televisión para poder actuar como si esa parte de la realidad no existiese. La escuela ha construido toda una maquinaria asentada en una tradición que nos permite “cambiar de canal” y justificarlo sobre eso que llamamos conocimiento experto.

¿Estamos desarrollando, imponiendo, supervisando y protegiendo las barreras económicas, sociales y culturales que designan y descartan al mismo tiempo?

La escuela igual puede servir al mercado y a la hegemonía que cuestionarlos. Creo que todas las personas hemos vivido diferentes experiencias durante nuestra trayectoria escolar, algo que ilustra bien esta idea. La escuela no es monolítica y única, como no es uniforme el cuerpo docente, el alumnado y la experiencia en ella. Sin embargo, sí que existen cuestiones estructurales de la escuela como institución que tienden y empujan a clasificar y etiquetar al alumnado, y esa clasificación no es neutral, puesto que refuerza las mismas desigualdades de origen, por clase social, por cultura, por capacidad... otorgando legitimidad a dichas injusticias. Esto constituye una parte fundamental del trabajo que desarrolla la institución, y va en contra de la tarea de educar.

Las escuelas deben abrir sus puertas a la comunidad, creando canales de participación efectiva que puedan revolucionar lo que hoy son prácticas habituales. La escuela constituye una de las instituciones más nobles de la sociedad, y necesita cuestionar algunas de las lógicas y prácticas que alberga, para estar a la altura de lo que representa. La apertura a la participación real, al reconocimiento de las voces silenciadas y oprimidas en las escuelas puede ser el mejor inicio.

¿Se hace necesario una mudanza cultural y sistémica?

Se hace necesario un trabajo en diferentes niveles, porque la realidad de hoy es extremadamente compleja. No basta con hacer un buen trabajo personal, ni siquiera con un trabajo colegiado en un centro, que responda a esta parte de la actividad escolar que va en contra de las clases sociales más desfavorecidas y de los colectivos más vulnerables, porque hay decisiones que se toman en niveles más allá de lo local.

Las leyes y las normativas que regulan el trabajo docente no se toman en los niveles personal ni relacional. Los docentes necesitamos concebirnos como actores políticos, que no solo actúan en lo micro, en lo inmediatamente relacionado con nuestra propia escuela y nuestro alumnado, sino que tenemos que organizarnos para construir juntos esa escuela deseable. Porque la educación se refiere siempre a lo que deseamos que sea, y no solo a lo que la realidad es. Y eso supone entendernos como actores políticos que se organizan para contribuir a que la sociedad sea cada día más justa. Esto, en momentos como el actual, nos pone en la tesitura de responder a movimientos globales que están tratando de demonizar la inmigración, así como los logros de los movimientos feministas y LGTBI. Estos envites actuales tratan de reducirlo todo al terreno individual, privatizando lo público, lo que requiere una respuesta colectiva.

¿Que políticas educativas deberían priorizarse, para que las escuelas pudieran andar en la dirección del cambio inclusivo?

Hay algunas normativas que están sirviendo de garante de la escuela clasificadora y segregadora que queremos desmontar. Por ejemplo, en los últimos años han comenzado a revisarse algunas regulaciones de la actividad orientadora, con la idea de dotar de nuevos sentidos a la orientación escolar en el marco de la escuela inclusiva. Pero lo cierto es que muchas de estas nuevas normativas solo cambian las palabras, y muy poco de la gramática escolar. Es decir, son un lavado de cara para adecuar la normativa al lenguaje políticamente correcto del momento, pero están huecas, ya que vuelven a dejarlo todo en la evaluación psicopedagógica como diagnóstico (del niño o la niña), la adecuación individual y finalmente las diferentes modalidades de escolarización. ¿Qué pasaría si eliminásemos las modalidades de escolarización? Porque ese es el escenario de la escuela inclusiva, de modo que el trabajo tiene que ser analizar el modo de organizar nuestra respuesta para que eso ocurra.

Como educadores y educadoras deberíamos responder a esas nuevas normas y regulaciones que vuelven a constituir la misma barrera que pretendían resolver. Es el momento de exigir a las administraciones cambios reales, y de ponernos a construirlos.

¿La adopción de un lenguaje excesivamente técnico por parte de educadores/as, psicólogos/as, orientadores/as, profesionales expertos, contribuye a la limitación de las expectativas, al mantener la fuerza reductora de las etiquetas de discapacidad que adscriben a los niños/as?

Sería una gran forma de democratizar la escuela adoptar el lenguaje de la gente, de la comunidad, y no imponer el lenguaje técnico que hemos aprendido y enseñado en las universidades. Porque ese lenguaje no es neutral, y viene de una tradición muy determinista que ya ha sido ampliamente contestada. Nuestros lenguajes técnicos, nuestras baterías de test pretendidamente objetivos e infalibles, nuestros títulos... son formas de cierre, y están actuando como barreras a esa comunicación necesaria que debe construirse en la escuela. Nos dan una falsa seguridad en la que se está asentando parte de la exclusión que se produce en las escuelas.

¿Cuál debería ser el modelo organizativo de la nueva escuela inclusiva? ¿Nos sirve el modelo actual?

Por una parte, hay que dotar de sentido educativo a los proyectos tan burocratizados y fragmentados de los centros. Por otra, hay que prestar una atención más detenida a lo que los colectivos más excluidos tienen que decir a nuestros proyectos de centro. No como un añadido ni como algo especial, sino como transformaciones de lo fundamental. ¿Cómo tiene que ser esta escuela, y cómo lo tenemos que hacer nosotros y nosotras para que quienes no caben hoy, puedan aprender, participar y progresar junto al resto?

¿Por qué en España existe tanto recelo y oposición a la propuesta de transición del gobierno, de los CEE y sus Fundaciones hacia escuelas y centros inclusivos?

No es una cuestión solo de España. Esta transformación pone en tela de juicio esa parte tan lamentable pero tan predominante y vinculada al mercado de la escuela que doblega, limita la infancia de los niños y las niñas, que se basa en la capacidad como atributo individual, que requiere el individualismo y se asienta en la meritocracia. La escuela inclusiva viene a cuestionar esto, que es uno de los meollo de la escuela, y eso levanta ampollas en el mercado y en la propia comunidad escolar. Los profesionales, por ejemplo, tenemos que reconstruir nuestro papel en una institución que hay que crear, y eso significa perder parte de lo que nos ha ofrecido seguridad en nuestro trabajo.

Por otra parte, hay familias que han sido maltratadas en la escuela ordinaria, y que piensan en la escuela inclusiva como una vuelta a ese sufrimiento que ya vivieron en la escolarización de su familiar. Pero por otra parte, hay toda una industria alrededor de eso que ha sido llamado discapacidad a la que el proyecto de la educación inclusiva le obliga a revisarse. Es paradójico que las principales reacciones en contra de la Convención de los Derechos de las Personas con Discapacidad de la ONU las hayan llevado a cabo un grupo de centros de educación especial...

Se trata de un tema criterial o de un tema económico.

Por supuesto que no hay un solo criterio pedagógico ante esto, aunque hay ya mucha investigación que muestra el valor de la educación inclusiva frente a la segregada. Sin embargo, en la reacción que hemos visto pienso que pesa mucho más el impacto que se cree que puede suponer para el sector.

¿Cuales deberían ser las bases de ese proyecto formativo? ¿Deberían psicopedagogos, psicólogos y orientadores, estar en ese proceso formativo?

Seguramente esa sea una de las claves. La revisión del papel de los profesionales de la pedagogía y la psicopedagogía puede ser decisiva. Hace poco participé en el tribunal de la tesis doctoral de M^a Luz Fernández, acerca del proceso de transformación de un centro educativo en Madrid, y el papel de liderazgo pedagógico que desempeñaron estos profesionales, desafiando las estructuras y la tradición, se ha mostrado como fundamental.

Fuera de la escuela hay otro mundo, ciudades, pueblos, barrios, calles, servicios, espacios comunes, espacios públicos, ¿Que puede aportar la escuela inclusiva para recuperar de la exclusión lo común?

Es sencillo: las personas nos construimos en comunidad. Si se le arrebatara a un niño o una niña su comunidad, ambos se construyen de forma independiente. Cambiar la cultura requiere que vivamos juntos, para que unos actuemos sobre otros. Para que no nos miremos tanto el ombligo, y nos abramos a las diferencias.

En la escuela aprendemos matemáticas, y también aprendemos a vivir. Las materias nos deben ayudar a vivir mejor, y lo que ocurre con los compañeros y compañeras también. No somos conscientes de que este proyecto es una forma de construir historia, de cuestionar la realidad, y de que sean nuestros estudiantes los protagonistas de la misma. En la escuela, la forma y el contenido están intensamente relacionados.

Hay una práctica frecuente desde la mirada presuntamente científica, de considerar que la escuela inclusiva está cargada de ideología, no tiene investigación que la soporte y que por tanto es a científica. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

La escuela inclusiva está tan cargada de ideología como la escuela excluyente. La realidad social siempre está cargada de ideología, por lo que negar la naturaleza política de la educación no tiene sentido. Y esto no está reñido con la rigurosidad, sino más bien al contrario. Lo riguroso es contar con esa parte fundamental del hecho educativo.

En cualquier caso, hay mucha literatura científica desde hace décadas que muestra el valor de la escuela inclusiva frente a la segregada. Pero más allá incluso de eso, está en juego nuestra forma de construirnos como seres humanos: no puede ser que la escuela separe y aisle. Educar debe contribuir a que vivamos juntos, reconociendo el valor de cada ser humano y de nuestras diferencias.



Catálogo de cursos

MÁS INFORMACIÓN >

Aula de Formación Online COPOE

COPOE, la Confederación de Organizaciones de Psicopedagogía y Orientación de España, pone a tu disposición este espacio de formación virtual para ofrecerte cursos especializados que te permitan mejorar tus competencias profesionales.